

Max Dickmann: el Novelista y el Hombre

LA humanidad de Max Dickmann, su concepción de la humanidad, domina de tal modo su obra, remueve de tal manera los cimientos y la arquitectura de la sociedad, que su fantasía de novelista, mezclada a su temperamento de observador cálido, franco, de alma y conciencia abiertas a todas las corrientes de la vida y del pensamiento, construye una literatura apasionada y vigorosa donde el corazón se ve desnudo y palpitante, disecado con maestría, y las gentes desfilan como en un inmenso museo clínico y psicológico. No se sabe con certeza cuándo el hombre vence al novelista o el novelista al hombre. El conocimiento feliz y profundo de los ambientes y temas que enfoca, su perfecta compenetración con ellos —sólo comparable a la del actor que se identifica totalmente con el papel que desempeña hasta el punto de perder las fronteras de su propio “yo” en las fronteras del personaje que interpreta—, hace casi imposible la diferenciación mencionada. Y es tan rico su estilo, tan fresco y colorido, tan reales sus criaturas en la miseria y grandeza de lo verdadero del hombre, engranan tan cabalmente en lo que sabemos existe y ocurre —o puede ocurrir—, que es leyéndolo como se entiende la palabra “arte”.

Max Dickmann es un novelista genuino, cuya visión y cuyo espíritu contienen un fondo auténtico y definido. Es uno de los escritores argentinos a través de cuyos libros se pueden comprender mejor y más hondamente los rasgos esenciales de los más diversos aspectos del país. Hay un instinto, una comprensión vivificadora que se nutren del análisis inteligente y del juicio exacto sobre la realidad, condiciones cuya limitación es peligroso escollo en el camino del es-

critor. Atendiendo a las imágenes plásticas y realistas —esto último tratado con la objetividad artística que impide al espíritu regodearse y perderse en los bajos fondos de los estercoleros— que nos ofrece en sus dos libros *Madre América* y *Gente*, nos vemos en presencia de un novelista que posee la fuerza y la abundancia, y al mismo tiempo la delicadeza, que son necesarias para crear, sublimándola, esa galería humana que compone toda pintura literaria. Mientras la obra de Dickmann se forma en su espíritu y sus ojos observan estricta y claramente, fotográficamente puede decirse, los elementos acumulados, el sentimiento supera la construcción fría del naturalista y se funde a lo largo de las páginas en una poesía cuyo clima propio, de signo netamente americano, sitúa a sus novelas en un plano de triunfo de la permanencia sobre la fugacidad de ser arrastradas en el torrente del tiempo. En contraste con otros escritores que nos muestran el camino a seguir, Max Dickmann se coloca en la densa y sombría realidad y señala sin gritos, sin estridencias, los vicios y las plagas de la sociedad que le rodea, contando las ambiciones, las pasiones, el choque sórdido de la lucha tremenda del individuo contra el individuo en un medio ambiente disgregado por intereses primarios. No retrocede ante las palabras gruesas cuando es preciso, y con ello no hace alarde de un procedimiento destinado a asombrar ni desconcertar al lector, antes bien, al ponerlas de un modo naturalísimo en boca de sus personajes, aumenta el realismo directo y eficaz del hombre tal cual es en los momentos más desnudos de su imperfección y de su vileza.

El autor de *Madre América* y de *Gente* incluye, con una precisión que participa de lo estético y de lo documental, lo cotidiano del hombre común, con las circunstancias menudas que lo circundan y con los hechos que se suceden en el transcurso de los días, fijados con una técnica opulenta y firme. Los valores literarios de su obra responden tanto a esa mezcla genial de lo objetivo y subjetivo, como al contraste sabio de la belleza con la fealdad y de lo cuerdo con lo insensato, como también al sentimiento claro que tienen sus novelas, tanto en su forma como en su esencia. La advertencia de Anatole France: “Las tres grandes condiciones del escritor deben ser: ante todo la claridad, después la claridad, y por fin la claridad”, hallan certero cumplimiento en Max Dickmann. Ni en *Madre América* ni en *Gente* se hallará un solo pasaje oscuro o artificioso. En la primera el asunto del río y el pueblo, con sus personajes pintorescos y virtual-

mente reales, y el paisaje, han sido percibidos y entregados con una pureza íntima. Atmósfera y tipos: las islas, los riachos; Nazareno, Gabriel, Policarpo, Camelia, Palmira, Luminor, gente en cuya descripción no concurre ninguna influencia extraña, sino el sentido robusto y total de su expresión genuinamente nacional. El pueblo: los Garabentos, los Otaño, Harimondeguy, el padre Sayús, Sarracán, Basualdo, Lafuente, las mujeres de la única casa de juergas, sintetizan el descalabro de la clase pequeño-burguesa que vacila ante hechos nuevos que no comprende ante el desmoronamiento de las conquistas que consideraba invulnerables. En *Gente* —donde pululan tipos de la más variada condición social, pasando desde el vagabundo Santiago hasta el orgulloso aristócrata Rafael Decampos, en una escala que comprende mantenidas de lujo, prostitutas vulgares, niñas de sociedad; esa institución tan común en el ambiente argentino que son las familias venidas a menos, las Julia Rocamora que viven de recuerdos de pasadas grandezas, esas vergonzantes pedigüeñas que miran con inconmensurable desdén a la “chusma” que trabaja; el triunfador Oscar Lunel, antiguo vendedor de baratijas empinado en una sólida posición financiera, para quien nada representa un apellido resonante si no viene acompañado por los cheques de una deuda—, Dickmann ilustra con un tono ajustado, lleno de grandeza, la decadencia de una generación y el crecimiento de otra, más plebeya pero más fuerte, que desplaza a la primera y asciende lentamente como reacción de una clase que trabaja y exhibe su tenacidad y su desprecio por marchitos abolengos.

No es posible dudar de la proyección americana que tienen las novelas de Max Dickmann, cuya voz encarna un toque de atención hacia problemas esencialmente argentinos, hacia un orden social hondamente perturbado por males cuyo proceso de descomposición engendran la confusión y el malestar, que al juntarse van formando una masa ciega y amenazadora. Su obra, realizada con elementos sinceros y honestos, tiene un poderoso sentido humano, donde todas las corrientes angustiadas y perceptibles que cruzan la vida y afectan la existencia de toda una comunidad resaltan por sí solas en el panorama que el novelista nos ofrece con una gran maestría y un afán fecundo de señalar la belleza donde ella se encuentre.

Los trozos que citaré, de su novela *Los frutos amargos*, que aparecerá en breve, son un elocuente ejemplo de cómo Max Dick-

mann amalgama la más cruda de las realidades con la poesía y la fantasía:

Ana se acodó a la ventana y miró hacia afuera la densa masa de sombras de un bosque de altos álamos que cerraba el horizonte. Allí parecía que la noche echaba su negro misterio sobre el germinar cálido de la tierra. Pensó que en los senderos abiertos en los matorrales, por donde ella había caminado durante la tarde, las flores silvestres eran como apagadas luces de colores que esperaban las de la mañana para encenderse de nuevo.

Desde que se instalaron en la isla, al comienzo de la primavera, el trabajo y las contrariedades habían agriado mucho el carácter de Walter, y las antiguas rencillas casi olvidadas, volvían a suscitarse a propósito del más insignificante motivo. El vivía en un estado de constante excitación y la violencia que todo el día estaba sofocando frente a los peones, las máquinas y hasta los inertes troncos, se descargaba con frecuencia contra Ana, salpicando con el negro lodo de su carácter, la neblina crepuscular del de ella.

Ambos presentían, a veces, que algo iba a quebrarse entre ellos; y como presentir las cosas es llevarlas ya realizadas en el corazón, quería evitar el ácido sabor de esa fruta, que por fuerza debían morder.

Por las noches era cuando Ana tenía siempre el alma en vilo. Bajo la lámpara del comedor, que volcaba sobre ellos su luz de plata, su rostro ligeramente tostado por el sol, quedaba desnudo ante la mirada escudriñadora de Walter. Entonces tenía que exagerar alegrías para disfrazar sus sentimientos, que agotar temas para que él no volviera a sentir el deseo de atraparla en el único posible entre ellos: el de sus vidas tan próximas y tan lejanas. Si él era más astuto y llegaba a adelantársele, Ana se hundía en un hosco silencio y lo dejaba desahogarse golpeándola con sus palabras y con el gesto helado y cortante que tenía cuando se trataba de grandes decisiones.

Todo entre ellos parecía muerto y hasta la noche densa, calurosa e intensamente vegetal, era como de piedra.

Un mes después que llegaron, Walter, que había dormido hasta entonces en su dormitorio, quiso quedarse una noche en el de Ana, para con disimulada mansedumbre, lograr que entre ambos volviera la intimidad a hacerse una cosa blanda y fácil. Ella estaba leyendo junto a una mesita, bajo el amarillento reflejo de la lámpara de kerosene. Walter se sentó en la cama y la miró en silencio con ojos que a ella en seguida le hicieron daño. Lentamente, pero con una inquietud mal contenida, él habló de lo que Ana no hacía para que ambos volvieran a quererse como antes, para que entre ambos el cariño fuera una cosa sencilla, así como cuando se daba suavemente,

sin bruscas resistencias, en entregas mansas y totales, anulándose toda, porque él la necesitaba con violenta urgencia.

Ella apartó la vista del libro y con una desconcertante tranquilidad, que estaba tanto en su gesto como en su voz, dijo:

—Me apena tener que decirte que no te creo. Tú me engañas primero, para poder engañarte después mejor a ti mismo... ¡Yo me he dado mansa y tú me has tenido!... ¿es eso lo que te enorgullece?...

Sonrió apenas.

—...no, no me has tenido nunca —continuó—; es necesario que lo sepas, porque me duele que creas que yo estaba contigo cuando me lograbas, así como ustedes los hombres creen lograr a las mujeres... no es cierto. Yo estaba muy lejos de ti.

—¡Ana! — exclamó él poniéndose de pie.

Ella siguió con la misma fría serenidad que lo detuvo junto a la cama.

—Lo único que hubiera querido que tomaras de mí, no te ha preocupado nunca. De eso te has olvidado como si yo no tuviera también un alma que dar. A ti sólo te ha interesado mi cuerpo... ¡Qué engaño!... El cuerpo en nosotras sólo se da después del alma, sólo después... ¿lo oyes?... — La voz se le cortó de pronto en una congoja. Se levantó y dió unos pasos hasta la ventana. Afuera todo era oscuro. Pasaron unos minutos tan largos, que cuando él se movió a ella le sorprendió que aún estuviera allí. En ese momento un grillo comenzó en algún lugar de la noche, a desgranar su monótono ritmo. Un rato después Ana estaba sola en su cuarto.

Los días tenían una extraña quietud vegetal. A las mismas horas las sombras bajo los árboles, los cantos de las calandrias y los zorzales en las altas ramas, idénticos reflejos de sol en la galería y la resolana en todas partes. Las habitaciones en penumbras, eran frescos oasis en el bochorno de las tardes, y por la noche tibio abrigo para el relente que ponía leves escalofríos en la espalda de Ana. Cuando la luna blanqueaba el paisaje, una ancha claridad llegaba hasta su cama y ella podía creer que se arropaba con su luz. Si una tormenta se desencadenaba al amanecer, los relámpagos lanzaban reflejos espectrales sobre el sauce que caía en la galería.

Ana estaba de codos en la ventana, esperando que cesara el ruido que la había desvelado. No tenía sueño, y la noche bajaba tan lentamente hacia el alba, como si para sus altas velas negras, se hubiera apagado la última brisa.

Aquí vemos cuán intensa es la vinculación de Max Dickmann con la fragilidad de imágenes de la más penetrante delicadeza y la presencia constante de la pasión que descubre los más hondos yacimientos del alma, como asimismo el conocimiento del terreno en que se desarrolla la narración. Los personajes de *Los frutos amargos*,

asistidos por algunos subpersonajes que, no por serlo, dejan de estar netamente dibujados: campesinos, isleños, leñadores, camioneros, gente de pueblo, muchachas de una colectividad extranjera, ingenieros de un campamento ferroviario y pobladores de las serranías del Uruguay donde el clima de la novela alcanza una prodigiosa curva ascendente, aparecen con una nitidez incomparable en sus procesos interiores o visibles. La observación y el análisis, semejantes en Max Dickmann a una experiencia de laboratorio, trabajan sobre lo vivo y producen así potentes imágenes dotadas, como ya dije antes, de poesía infinita y de grandiosa realidad. Y aunque pueda hacerse una seria objeción en cuanto parece eludir lo que nuestros tiempos traen consigo, es decir, el comentario directo sobre lo político, de influencia dramática en todos los medios actuales y que invade la vida de todos los hombres, existe de tal manera en su obra una palpitante realidad, que casi podría decirse que, a pesar de la omisión apuntada, surge naturalmente, espontáneamente, en la atmósfera profunda de su novelística, el consentimiento y la hermandad con la más noble posesión de los individuos: la dignidad de ser considerados como seres humanos.

Se quiere saber siempre cómo es el hombre, también. Siempre existe una causa para que el lector se figure al novelista bajo determinado aspecto y pocas veces acierta. Decir que no interesa el hombre y sí el escritor, es una equivocación peligrosa, pues para estimar el fondo de verdad que el artista nos ofrece, como es su deber primordial, es imposible separar las dos cosas ni juzgarlas con un criterio distinto en cada ocasión. Hay —debiera haber en todo caso— una voluntad de forma y de estilo, tanto en la vida como en el arte, es decir, de unidad espiritual, sin cuya presencia la obra del escritor aparece falseada y deformada. Max Dickmann no se halla dividido ni separado de su creación literaria. Le gusta la vida cruda y plena, es picaresco, fuerte y, a veces, se complace en una risueña ironía. Contribuye, en gran parte, a la sensualidad de su obra, una singular facultad de percibir lo animal en cuanto lo rodea. Y en cuanto a la moral social, le he oído decir cosas como éstas: “Las leyes biológicas de nuestra constitución física, nuestro temperamento, están en flagrante contradicción con las leyes morales y sociales. El sistema social actual, la ética y la política que lo sostienen son biológicamente falsas.” Y esto otro: “Todas las convicciones que no están arraigadas al instinto y que no concuerdan con las disposiciones biológicas

innatas, son falsas." Aquí parecería que Max Dickmann ha tomado en cuenta el pensamiento de Goethe, según el cual "El hombre está emparentado con los animales en lo más íntimo". Y con todo, es de hacer resaltar cómo su interés por lo biológico se une al interés por la belleza y por las manifestaciones más puras de la naturaleza: los árboles, la hierba, las flores, los pájaros, el mar. Goza levantándose temprano y yéndose a sentar a un parque, donde estructura mentalmente algún capítulo de su libro; escapa con frecuencia al campo y es allí donde su labor se hace más abundante y rápida. Trata personalmente con peones de campo y con gente de la más variada condición y en esta proximidad humana escribe sus páginas más valiosas. Es ordenado y metódico en la composición de lo que más tarde constituirá la armazón de la novela. Reúne concienzudamente todos los datos y los elementos que supone de importancia dentro de la construcción de sus temas —recortes, planos, mapas, figuras, caras de mujer o de hombre o de niña, paisajes— y traza cuadros completos donde todas las características de los personajes, sin olvidar absolutamente ninguna, figuran anotadas. No hay en ninguno de sus libros un solo error en lo que se refiere a hechos, vestimentas, fechas, costumbres, la música en boga, el perfume de moda, el nombre del sitio elegante. Todo está minuciosamente recogido y clasificado. Claro que esta aparente sequedad del hombre sumamente escrupuloso en el más pequeño detalle que aparece en sus libros, no es visible en ellos gracias al sentimiento y al arte del autor. Este material se funde exquisitamente y sin defecto en la pintura real y profunda.

Y sin necesidad de señalar más ampliamente al hombre, podrán conocerlo mejor si repito aquí algunas de sus palabras. "Vida, mucha vida fuerte es lo que hay que poner en la literatura. Me atrevo a lanzar este grito de alarma: sangremos a la literatura que agoniza de apoplejía libresca. Así la haremos más humana. Cuando los escritores respiren a pleno pulmón escribirán libros donde los personajes sean gentes del pueblo. Yo prefiero los libros en los que se habla de gente sencilla y fuerte."

Max Dickmann cuenta con un lugar de privilegio entre los novelistas argentinos, justicieramente logrado. Su sinceridad, su fe en el arte, su talento y sus energías incansablemente encaminadas a hallar elementos que forjen una obra de verdadero contenido racional y espiritual, su convencimiento honesto de que esta búsqueda para hacer de la literatura apasionada y verdadera una de las más

sutiles e importantes adquisiciones en la formación de una conciencia universal de lo que es el hombre y el mundo circundante, requiere en todo momento el valor de abordar la realidad argentina de frente, sin temores, sin debilidades, y hasta si es necesario, sin hermosura, sin virtudes que le acuerdan, desde luego, el derecho de figurar entre los más sólidos y destacados valores intelectuales de América.

ETHEL KURLAT,

Buenos Aires.